

*Plaza pública*

para la edición del 22 de mayo de 1995

**Ana Gabriela**

Miguel Ángel Granados Chapa

El año pasado, Ana Gabriela Fernández Padilla, una joven de 25 años que trabajaba en el departamento de contabilidad del grupo Havre, fue aprehendida, sin razón y con engaños, como si hubiera cometido un fraude de seiscientos ochenta millones de nuevos pesos. Sus jefes le habían pedido firmar unos papeles, que resultaron solicitudes de crédito para empresas fantasmas. Otras peticiones en que figuraba su nombre aparecieron con su firma falsificada. Eso no obstante, estuvo sometida a proceso. Pudo probar su inocencia (aunque no sea éste el principio que rige el procedimiento penal) y ha salido en libertad.

Su nombre, sin embargo, quedó impreso en las informaciones sobre aquel escándalo. Es preciso, por lo tanto, que también quede constancia de que se le infirió el doble agravio de utilizarla para cometer delitos (sin que ese acto perverso agrave la penalidad de los verdaderos autores) y de procesarla pese a la evidencia de su ajenidad a las intenciones de sus jefes. Para ese efecto, y porque además tiene alto valor humano y aun **literario, copio íntegramente la comunicacion** que firmada por ella he recibido:

"Esta es una forma, la más sincera, de enfrentar el pasado, el presente y, sobre todo, el futuro. No es una

carta ni su bosquejo, sino la expresión de mi conciencia. Una conciencia que ha sufrido y ha soportado, una conciencia que busca coincidencias y significados para hallar respuestas a las preguntas que formuló y no encontró. Las sinrazones y excusas que me involucraron en esa fábrica de espanto (nada fantasmal sino real) y que rasgaron la risa sin un sentido, salvo el de provocar dolor, las tengo que desenmascarar. El dolor que me provocó la reclusión no es cuestión sobreentendida, es asunto al que requiero hallarle significado. No pretendo borrar ni evadir esa deshonesto celada; quiero pintar y enfrentar una vida nueva que viene al encuentro cargada de recuerdos que me dominan.

"Estuve detenida más de siete meses de mi vida, abrumada por una soledad de crudo acento por ser obligatoria y sin salida. El reclusorio me privó de cosas simples y de otras profundas, y trató de deshacer mi futuro, vendiéndome un largo presente impensable que quema los otros tiempos con sus motivos y sin nuestras esperanzas. Siete eternidades que congelaron recuerdos, siete inmensidades para entrenar la impaciencia y las recurrentes debilidades, tratando de convertirlas en sólidos argumentos de que, aunque ya soy alguien distinta, no podía parar de imaginar y tocar la libertad. Siete desesperantes apuestas jugando al futuro y reivindicando la vida. Siete absurdos temporales que desafiliaron la alegría y dosificaron, con amargas e incómodas cuotas, un itinerario de la desesperanza, del desequilibrio y el miedo.

"Aquí estoy, es una genuina comparecencia de dignidad y paso firme, sin rencores para mi historia individual, pero con la firme convicción de la inutilidad e irracionalidad de este implacable paréntesis desgarrador.

"Aquí estoy, pero no es fácil reorganizar: las palabras ya no son las mismas, algunas se quedaron y otras jamás volverán. La prohibición sin sentido hizo de mi proximidad incomunicada un mundo de la tristeza, de esa que es de tiempo completo y que siempre, siempre, tiene algo de regreso.

"¿Por qué --pregunto con sencillez--derramar llantos y promesas, frustraciones y amarguras? ¿Por qué cerrar puertas con sol y ventanas con cielo? ¿Por qué forzar que *reencuentro* sea la palabra esencial, cuando para mí *aquí estamos* era la palabra ideal?

"Hoy lo digo. Para que corazones, memorias, momentos, nostalgias y abrazos sean mejores por el solo hecho de ser **honestos**, por la gran significación de transmitir sentimientos, para agradecerles a quien me ayudó a fabricar expectativas, para estrechar a quien articuló sus lealtades a mis expresiones, para ofrecer mis promesas mejores a quienes me dieron sus convicciones y canjearon su quiero y su puedo por mis ilusiones.

"A ustedes les debo mi capacidad de alegría, el desmoronamiento de contradicciones, y, más que nada, la invaluable enseñanza de que se quiere al que es y no al que siente la frágil obligación de ser.

"Estoy segura como nunca, estoy con aliento y sin derrota, pidiendo que sigan queriendo para seguir

pudiendo, porque no podemos olvidarnos de asumir la defensa para salvar del dolor a tantos jóvenes que se encuentran abruptamente con la ilusión mutilada y con el desencanto en la vida.

"Hasta ahora entendí que la felicidad implica también asumir la tristeza y aceptar que hay marcado e imborrable un mundo inmodificable en los corazones.

"Después de lo que sufrí haciendo mi vida como la última de las estaciones, ya nada ni nadie me quita mi primavera, ya nadie me inculca ese miedo de quedarme sin el mundo".